

862  
P13

PQ 6629

.A7

A19

v. 3



FONDO  
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD



BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

Imprenta de A. Pérez Dabrull: Flor Baja, 22.



## POR EL ARTE

(Continuación.)

YA supondrán Vds. que la primera noche que se cantaba ópera en Marineda no era cosa de sacar el cuarteto *bueno*, ni menos de exhibir á la *estrella*, al *clou*, á la Duchesini, con la cual nos traían mareados antes de haberla visto.—No; la Duchesini se reservaba, y de *Hernani* saldríamos.... como pudiésemos.

De los dos tenores, también fué el más averiado el que se calzó las botas de papel imitando cuero, se ciñó el colete de pseudo-ante, y salió, rodeado de tagarotes, á echarla de *bandito*. Conociásele á aquel deshecho ó zurrapa del arte que allá en sus treinta ó treinta y cinco habría recorrido, si no gloriosa, cuando menos



honrosa carrera; pisado escenarios de renombre, tenido sus horas de ovación, sus triunfos de toda índole.... y aún la esbeltez del cuerpo, la estudiada colocación del cabello, la bien tajada y picuda barba, protestaban contra los estragos prematuros de la edad, ó de la vida desastrosa y azarosa, revelada no sólo en los desperfectos físicos, sino muy principalmente en la voz, tan extinguida que desde las butacas apenas la podíamos apreciar, tan empañada y blanda que parecía voz de hombre que canta con residuos de una cucharada de gachas atravesados en el gaznate. — Como *Hernani* es «ópera de tenor», los abonados se manifestaron descontentos viendo tan mal principio, y notando las escandalosas desafinaciones del coro, y en pasillos y palcos principió á fermentar sorda inquina contra la Empresa y el *cuadro*; los periodistas, desde sus butacas de primera y segunda fila, cuchichearon cabeceando y trocando en voz baja fatídicas impresiones; el telón cayó en medio de un silencio

glacial; y antes de concluirse la ópera, ya corría por el teatro el rumor — mañosamente esparcido — de que se iba á rescindir la contrata de «aquel hueso». «Buen principio de semana, cuando el lunes ahorcan»; decía con detestable humor y satírico énfasis el almacenista de pianos Ardiosa, á matar con la Empresa y la compañía por ciertas quisquillas relacionadas con la organización de la orquesta....; y los defensores del empresario protestaban: «Hombre, bien; ya sabemos que hoy toca este cuarteto.... ¿Quería V. que echasen el resto el primer día? ¡Pero ya verán Vds. la Duchesini! ¡La Duchesini!» Y hacían el gesto del que prueba un dulce muy rico.

¿Lo confesaré? Lejos de compartir el espíritu de hostilidad que hervía en el callejón de las butacas, y en todos los puntos del Teatro donde se aglomeraban espectadores, contra el cuarteto malo, yo, desde que se alzó el telón pausadamente, sentí compasión, muy luego trocada en simpatía, no sólo hacia el ruinoso



tenor (que respondía por *signor* Ettore Franceschi), sino hacia toda la *troupe*. La propia ridiculez de los coros reforzó este sentimiento súbito é inexplicable, que sólo puedo comparar al deseo de protección que nos inspira un perro viejo y cochambroso que recogemos en la calle, y á quien, por su mismo pelaje sucio y espinazo saliente, nos empeñamos en salvar de la estriknina.—No sabré expresar toda la piedad que los infelices coristas me despertaban. Verles allí, de coletó, de chambergo, con el aparato romántico de bandidos del siglo xvi, que cantan los novelescos amoríos de su jefe; verles después en el subterráneo donde reposan las cenizas del *sommo Carlo*, embozados en sus viejas capas y con sus birretes de lacia pluma, echándola de tremendos conspiradores.... y leer, bajo la torpe é inhábil mascarada, la realidad de unos hambrones infelices, que ni dinero tenían para adquirir zapatos de época, por lo cual sacaban, con indiferente impudor, botas de elástico para tramar el asesinato de Car-

los V....¿No es cosa que hace llorar? ¿Hay espectáculo más lastimoso que este?

Tan poderosa fué en mí la compasión, que, comprometiendo mi prestigio, en todos los corrillos defendí á *aquella parte* de compañía, declarando que las faltas que se notaban eran culpa de la ópera, y de la ópera no más. «*Hernani* es capaz de reventar á un buey, señores.... Si estas óperas de *bravura* no hay cantante que las resista.... Por eso van desterrándose.... Ese *Franceschi* no merece el desprecio con que Vds. lo tratan.... Tiene muy buen método de canto.... Es lo que se llama *un artista de temporada*.... De fijo que la tan cacareada Duchesini no sabe su obligación como él.... Me huele á que será una cursi, de esas que ponen flecos á las cavatinas....» Muchos se enojaban por estas afirmaciones prematuras; pero yo, á fuerza de retórica á lo Magrujo, conseguía que parte del auditorio, la inconsciente, se pusiese de mi lado. «¡Hombre!» (objetaba Ardiosa) «me llama la atención. Pues V., ¿no se las echaba de tan severo



ocho días hace?—«Por lo mismo»—replicaba yo.—«Mi opinión es que en Marineda ni puede ni debe haber ópera; pero ya que se ha traído, *contra todo mi parecer*, no vienen al caso aquí las exigencias que tendríamos en el Real.» «Pues la Duchesini—me contestaban— en el Real *haría furor*.... Ya lo verá V.... Nada, á la prueba.»

En medio de estas discusiones, no crean Vds. que me olvidé de Celinita ni de mi inocente *flirteo* con aquella gentil criatura. Entre otras virtudes, tiene la música, para temperamentos como el mío, la de producir cierta embriaguez poética que anula las nociones de lo real. El brío y estrépito de *Hernani* me ha infundido siempre inconsiderada intrepidez, suprimiendo la consideración de los pequeños obstáculos y dificultades que en la vida estorban adoptar grandes resoluciones. Interpretando las sonoridades de los metales de la orquesta como explosiones de la furiosa pasión de *Hernani*, claro está que habían de pare-

cerme grano de anís los inconvenientes que me impedían formalizar mi trueque de ojeadas con la linda niña de la platea.—¡Indigno sería de mí, en los instantes en que me sentía arrebatado al quinto cielo del romanticismo, pensar en nada práctico! ¿Acaso Hernani veía á su dama como yo solía ver á Celinita para huir de tentaciones: ajada, en zapatillas, madre ya de varios retoños? Las heroínas de ópera no tienen chiquillos ni envejecen nunca.—Así es que mis ardientes guiños, mis denodados gemelos, dijeron claramente aquella noche á Celinita (que por cierto estrenaba una original casaquilla azul y una corona de *miosotis* muy graciosa) que en mí había la madera de un *Hernani*.... capaz de todo.... Vicaría inclusive....

Era miércoles el día siguiente, y el estreno del otro cuarteto y ¡de la Duchesini! con el *Barbero*, llenó de bote en bote el teatro.—Cantó el nuevo tenor, Martinetti, la deliciosa serenata con voz que hacía temblar las arracadas y colgantes de la



lucerna: pero lo que aguardábamos, unos ansiosos y otros hostiles, era la salida de la Duchesini. Cuando se presentó, hubo en el auditorio ese movimiento especial, eléctrico, que se llama *sensación*, y después reventó un trueno de aplausos. Yo pensaba sisear; pero me pareció que una mano firme, gigantesca, me agarraba de los pelos y con blandura me suspendía, elevándome sobre el asiento de la butaca....

Á los primeros gorgoritos de la Duchesini, modulados con agilidad y coquetería, ya mis ojos no acertaban á separarse de la *diva donna*. Me olvidé instantáneamente — prefiero declararlo desde luego, aunque destruya el interés dramático de esta narración — no sólo de mis prevenciones, sino de Celinita, cuyos ojos, medio adormecidos y como descuidados, preguntaban cada cinco minutos al respaldo de mi-butaca la causa de mi súbita indiferencia...., ¡cuando con mirar á la escena y despojarse de la vanidad natural á las Evas y también á los

Adanes, pudiera comprender tan fácilmente....!

Iba y venía la diva por las tablas, zaran-deando ese traje de Rosina que parece imponer la viveza de los movimientos, el donaire en el andar, y toda la desenfadada y clásica gracia española. Su monillo de terciopelo verde me hacía compararla, allá en mis adentros, con una culebra de serpenteo airoso. El zapatito de raso negro realzaba un piececillo como un piñón de redondo y chico; de esos pies sucintos y arqueados, que hoy no están de moda, pero que son para los sentidos lo que el fósforo para la bujía. La cabeza de la diva.... Ahora caigo en que, si mi descripción tuviese cierta formalidad jerárquica, por ahí debí principiar, y no por el pie; y, sin embargo, espero que mis lectores me perdonen, y aun me justifiquen, porque la pupila del doctor Bartolo no necesita tener la cabeza hermosa; su encanto se cifra en el piececillo, español, menudo, embriagador como el jerez, que hiere el pavimento y



pisa triunfante los corazones.... Iba yo comprendiendo, con suma claridad, por qué el *Barbero de Sevilla* me parecía distinto en Marineda que en Madrid: *otra cosa*, una impresión totalmente diversa. Es que en el Real yo atendía á la música, á la orquesta, á las voces, mientras aquí la peligrosa proximidad sólo me consentía escuchar el ritmo de dos pies cubiertos con una telaraña de seda rosa pálido, y presos en cárcel de raso negro salpicadito de azabache....

Exige el buen orden de mi narración que diga quiénes eran los sujetos que ocupaban las dos butacas contiguas á la mía. Arrellanábase á mi derecha, silencioso, atento é impasible como si estuviese en su caja, el banquero Nicolás Darío, hombre de unos cincuenta años de edad, de mezquina estatura, cabeza nevada á trechos, sonrisa y ojos más jóvenes que el resto del cuerpo, y rostro que, por lo escaso de la barba, lo carnoso de los labios, lo abultado de los pómulos, recordaba la fisonomía que prestan á los

faunos los escultores. Darío no era desagradable en figura ni en trato, antes muy atildado y cortés; procuraba siempre que no me estorbasen ni su abrigo, ni su sombrero, ni sus codos: jamás tarareaba anticipadamente los motivos de la ópera; no interrumpía ni estorbaba el placer de escuchar; prestaba con oportunidad unos magníficos gemelos acromatizados, y oía con deferencia mis observaciones técnicas. Aunque juraba delirar por la música, yo no sorprendía nunca en él expresión de entusiasmo ni de arrobamiento. Estaba en la ópera como está en misa un incrédulo bien educado. Miraba de continuo hacia la escena, y respondía á mis observaciones con la mitad de una sonrisa llena de indiferencia y urbanidad.

Vivo contraste con el banquero lo formaba, á mi izquierda, el joven teniente de artillería Mario Quiñones. Este manojo de desatados nervios no paraba un minuto desde que subía el telón. Alto, enjuto, bien proporcionado, morenísimo,



Mario Quiñones perdía, en mi concepto, todas estas ventajas por su inquietud mareante y su vertiginosa exaltación. Agitábase en el asiento sin cesar; sus brazos parecían aspas de molino; su cabeza, la de un muñeco de resorte. Hasta sus cejas, ojos y labios participaban de tan extraordinaria movilidad. Cuando á fuerza de pellizcos lograba yo que nos dejase saborear las *fioriture* de una cavatina ó detallar los compases de un dúo, Mario se crispaba, retemblaba, movía convulsivamente el sobrecejo ó se comía las guías del bigote llegándolas á los dientes con auxilio del pulgar. Por supuesto, era imposible impedir que en voz cavernosa y trémula nos adelantase las frases musicales que iban sucediéndose, por lo cual una noche no pude menos de decirle, impaciente de verdad... — «Pero hombre, esta maldita Duchesini no me deja oírle á V.»

Á las dos funciones estaba yo muy harto de semejante vecindad. Quiñones me trastornaba, me volvía loco. Aquella

emoción delicada y honda que me causaban los gorgoritos.... no,.... los piececitos de la Duchesini, y que yo hubiese querido archivar y gozar pacíficamente, me la estropeaba el nervioso mancebo, que desde el aparecer de la diva se sentía atacado de una especie de epilepsia entusiasta. Tan hondos eran sus *bravos*, que me recordaban los arrullos de un encelado palomo, sonando así: «¡Broóvoó!» Y no era sólo con la voz, ni con las manos, despellejadas ya de aplaudir, con lo que Mario jaleaba á la Duchesini: era con el bastón, con los tacones, con el cuerpo en incesante vértigo, y hasta con el alma, que, por decirlo así, se le salía boca afuera, para aplaudir, requebrar y tortolear á la cantante.

En provincias, las actrices se hacen cargo bien pronto de dónde están sus admiradores y partidarios; y la verdad es que con Quiñones no era difícil tal perspicacia. Á la segunda ópera que cantó (y fué, si no me equivoco, *Sonámbula*), ya la Duchesini se fijaba en nuestra *peña*, y



nos sonreía dulce y picarescamente. También nos miraba con simpatía y aprecio el bajo Cavaglione, especie de elefante de muchos pies de alzada....

Yo creo que de nuestra peña fué de donde salió el vuelo de la fama de la Duchesini, extendida por las cuatro provincias, por España y no sé si por la América española. ¡Cómo supimos improvisarle la gloria! ¡Cómo alborotamos; cómo batimos las claras para que alzase el merengue! Aquella mujer con su voz.... ¿con su voz....? salvó á la compañía. Entretanto, al tenor Ettore Franceschi le habían rescindido la contrata, y fué preciso dar una función caritativa para costearle el regreso á Madrid. Lo que no se hizo fué contratar otro para el sitio del expulsado, y el pobre becerro Martinetti cargó con las treinta óperas que había que despachar en el primer abono. «Yo cantaré hasta que riyente», decía resignado, en su jerga semi-italiana y semi-española. En cuanto á la signora Fioravalle, padecía una ronquera crónica, de resultas de

no sé qué percance; y las demás partes de la compañía, la que no tenía una mácula tenía otra.—¡Sólo la Duchesini era al parruiseñor, hurí, hada, artista,—y en particular.... sus pies, sus pies, en el *Barbero!*

Claro que esto de los pies (verdadero móvil de mi entusiasmo) me guardé de decirlo al público. Era mi secreto. Tenía esperanzas de que nadie más que yo hubiese reparado en aquella perfección divina.... Y de fijo que no habrían reparado. Era indudable que los demás admiraban en la Duchesini la primorosa garganta, los ágiles revoloteos, que movieron á un cronista local á llamarla «la pequeña Patti»...., nombre que yo hubiese reformado así: «La pequeña patita».

Algunas veces me argüía mi conciencia de antiguo abonado al paraíso. ¡Era posible que hubiese dado al olvido tan pronto las sabias doctrinas y lecciones prácticas de Magrujo, los minuciosos análisis del flaco Dóriga, las trascendentales teorías de La Cerda, todo lo aprendido, lo sentido, lo gozado en aquel purí-



simo santuario del arte! ¡Era posible que en vez de estudiar á la Duchesini desde el punto de vista desinteresado y noble de su voz, de sus facultades, de su estilo, de sus méritos de artista en fin, sólo viese en ella y sólo la juzgase por la parte más ínfima de su individuo!

¡Cómo no había de callármelo!

Era una vergüenza, sí..., una vergüenza terrible que me había prometido que no saliese á la superficie.... Una llaga, una ignominia que debía encubrir cuidadosa y esmeradamente....

Y además.... ¡Además, también me había prometido, me había jurado, me había dado la mano para afirmarme á mí propio que nunca, jamás, amén, en ninguna circunstancia y por ningún pretexto, atravesaría el lóbrego pasillo que conduce á la mortífera región de entre bastidores....!

¡Ah! No; eso sí que no.... De algo nos han de servir los años, la experiencia, toda una vida de cautela y moderación, consagrada á defenderse del huracán de las pasiones y del hálito letal del vicio....

Para algo te han de valer, amigo Estévez, tus esfuerzos, tus principios, tus precauciones, tu gimnasia moral. ¡Antes se hunda el techo y se desplome la lucerna! En cualquier parte una intriga de teatro comprometería tu formalidad de funcionario público y tu modesto bolsillo de empleado de Hacienda: ¿pero aquí, en Marinada, donde no es posible dar un paso sin que se enteren hasta los gatos de la calle, donde se toma nota de que hemos regateado un par de guantes, en *El ramo de jazmín*, á las doce y media en punto? No; yo no traspasaré esos cuatro tablones del piso del Coliseo, que son, hoy por hoy, único dique puesto á mis desenfundados apetitos y única valla que me separa del abismo profundo. ¡Porque yo conozco que si me aproximo á la sirena; si veo de cerca los piecitos eléctricos y dominadores..., seré hombre perdido, y no tendré fuerzas para no acercarme todavía más á ellos, cayendo de rodillas ante la Duchesini!

(Concluirá.)